

diano. Nunca supo nadie dónde llegaba la labor de uno y empezaba la del otro; sólo en alguna ocasión firmaron obras conjuntamente.

La maga del color

Antonina Rodrigo se pregunta: «¿Quién era aquella mujer pequeña de cuerpo, grande de alma, desdeñada, exaltada, humillada, admirada, de la que se burlaban los niños y a la que zaherían los mayores con gestos supersticiosos a su paso por las calles?»

Era María Gutiérrez Blanchard, la más grande pintora española, de proyección universal, Cuca para los suyos, que abandonó España llena de dolor, en 1919, para no tener que sufrir la incivildad española.

Esta artista toda sensibilidad, inteligencia y bondad, tuvo que soportar a lo largo de su vida la carga física y moral más ingrata e injusta: de haber nacido contrahécha en un país tan cruel como el nuestro con los seres físicamente disminuidos. Por eso, cuando alguien le ponderaba a María el privilegio de su arte sobre la belleza física, ella contestaba dolida: «No, no. Es preferible la belleza.»

La lucha de María Blanchard fue dura, áspera, pinchosa, como rama de encina, y sin embargo no fue nunca una resentida, sino todo lo contrario, dulce y piadosa. De ella dijo su admirador y amigo García Lorca: «aguantaba a los demás y permanecía sola, sin comunicación humana, tan sola que tuvo que buscar su patria invisible, donde corrieran sus heridas mezcladas con todo el mundo estilizado del dolor.»

Entre las grandes artistas españolas de nuestro siglo, Antonina Rodrigo destaca también a «La Argentina». «La primera condecoración que otorgó el Gobierno de la Segunda República española se la concedió a Antonia Mercé, La Argentina —escribe Rodrigo—. El jefe del Gobierno, don Manuel Azaña, le impuso la Cruz de Isabel la Católica a la bailaora española más grande de todos los tiempos, a la que llamó la «Pavlova del baile español.»

Antonia Mercé fue la creadora de una escuela de baile, tan propia, tan genuina, que de ella partieron y a ella vienen a parar cuantos pretendieron o intentan dar universalidad a la danza española.

Adelantada de la justicia

Victoria Kent fue la primera mujer que ocupó en España un actocargo político: la dirección general de Prisiones. Y la primera en vestir la toga de abogada y actuar en el foro. «No es extraño —comenta A. Rodrigo— que la Kent estuviese considerada, intelectualmente, como una de las mujeres más interesantes de su tiempo.» Sin embargo, su reconocida sabiduría y su honda humanidad, de poco le sirvieron a la hora de ser víctima de la ejecución machista.

El 20 de mayo de 1932, Manuel Azaña escribía en su diario: «En el Consejo de Ministros hemos logrado por fin ejecutar a Victoria Kent, director general de Prisiones. Victoria es generalmente sencilla y agradable, y la única de las tres señoras parlamentarias simpática; creo que es también la única... correcta. Pero en su cargo de Dirección General ha fracasado. Demasiado humanitaria, no ha tenido, por compensación, dotes de mando. El estado de las prisiones es alarmante. No hay disciplina.» Al recordar aquellos hechos, la autora de «Las Silenciadas» se lamenta: «Hoy nos cuesta trabajo creer que las conquistas liberales en la mejora del sistema penitenciario sueco, que tanto nos asombran, ya hubiesen sido puestas en práctica, unas, y preconizadas otras, en nuestro país, en 1931, y precisamente por una mujer andaluza.»

Cuatro años después de su muerte, desde estas páginas manifestamos a Victoria Kent nuestra gratitud con las palabras de A. Rodrigo: ... «por habernos dado, desde siempre, razones para creer en el ser humano, para luchar por ideales justos y para no bajar la guardia.»

Otro destacado personaje femenino fue Margarita Nelken, nacida en Madrid en 1896, de padres judíos alemanes emigrados a España. Cuando estalla la sublevación militar de julio de 1936, la Nelken es la única mujer que ha logrado renovar su candidatura en las tres legislaturas republicanas: 1931, 1933 y 1936. «Su actitud durante la guerra civil —escribe A. Rodrigo— iba a ser indamayablemente combativa a todo lo largo de la contienda.»

Al repasar la historia de esta incansable luchadora de «verbo encendido», la autora de «Las silenciadas» resume diciendo: «Margarita Nelken es quizás una de las fi-

guras femeninas más controvertidas por los prohombres de la política española. Son contados los testimonios imparciales aparecidos en libros de memorias o autobiográficos en los que reconozcan su positiva labor y su talento intelectual.»

Monumento de amor

Zenobia nació el 31 de agosto de 1887 en Malgrat (Barcelona). Su padre, Raimundo Camprubí, era navarro, y su madre, Isabel Aymar, puertorriqueña. Zenobia, mujer de destacada personalidad y clara inteligencia, conoció a Juan Ramón Jiménez en 1912. «Aunque enseguida la atracción fue mutua —dice Antonina Rodrigo—, la conquista de la mujer amada no iba a ser fácil. Sus temperamentos eran como la luz y la sombra. Zenobia, alegre, optimista, práctica, dinámica. Juan Ramón, soñador, contemplativo e introvertido. Ella se dispuso a hacerle descender de su nube, para que palpase la realidad, mientras que él, posesivo y apasionado, tiraba de ella para llevarla a su mundo poético.»

Durante casi dos años Zenobia rechaza afectuosamente el apasionado amor de Juan Ramón. Le quiere, pero le cuesta seguirlo por su oscuro «laberinto». «La Zenobia, que claudica al fin —escribe Rodrigo—, ante la impaciencia apasionada del poeta de Moguer, es la mujer de siempre: alegre, activa, luchadora, segura, con iniciativas propias frente a cada situación. Con esa fuerza enorme cuenta Juan Ramón para sostener su crónica y aparente debilidad.»

A partir de entonces, Zenobia no sólo se acopla a su mundo solitario, que él cree indispensable para la creación, sino que se convierte en la sombra luminosa vigilante de su silencio. Aprende a andar sin apenas rozar el suelo, para evitar el menor ruido. Allana dificultades, evita inconvenientes de cualquier tipo... La vida de Zenobia podría resumirse en una entrega total a la vida y obra de su compañero. «Dos ríos en la pendiente de la huida, —comenta A. Rodrigo de la vida de los Jiménez—, conocería fugaces períodos de calma y felicidad.»

Como otro ejemplo de «monumento de amor», Antonina Rodrigo describe la vida de M.^a Teresa León, compañera del poeta Rafael Alberti, desde que se conocieron en 1930, hasta que se extinguió silenciosamente en 1988,

después de diez años de ser víctima de «las tijeras invisibles de la enfermedad».

Grandes actrices universales

«Es una mujer extraordinaria y de raro instinto para apreciar e interpretar la belleza dramática, que sabe encontrarla donde está. Va a buscarla con una generosidad inigualable, haciendo caso omiso de toda consideración que pudiéramos llamar de índole comercial». Así definía Federico García Lorca a la actriz Margarita Xirgu. La voz y el gesto de Margarita fueron el vehículo cultural del mejor teatro del siglo XX. La actriz rompió la monotonía de las candilejas con aires renovadores y arrojó, como también dijo Lorca, «puñados de fuego y jarros de agua fría a los públicos adormecidos sobre normas apolilladas».

La Xirgu fue una actriz conflictiva, pródiga en desplantes al convencionalismo que en su tiempo imperaba. Margarita no salía sólo a escena a declamar su papel, porque no creía en el arte por el arte. En honor a este concepto, no le importó exponer su carrera ni su libertad, estrenando obras que entonces se consideraban las más conflictivas.

Otra actriz que Antonina Rodrigo destaca entre sus «silenciadas» es la gran trágica universal, María Casares. Primera figura de la Comedia Francesa y del Teatro Nacional Popular francés y una de las mejores trágicas del mundo, «forma parte —escribe A. Rodrigo— de esa legión de gentes nuestras que aventó la guerra civil y que el régimen vencedor trató de borrar del mapa emocional y cultural de España».

En julio de 1976 llegó a Madrid María Casares, tras un exilio de 40 años. En su primer encuentro con la prensa dijo: «Cuando me preguntan si soy francesa o española, no sé qué contestar. En el fondo, no soy española ni francesa, ni sé lo que soy. Puedo decir que mi patria es el teatro, porque allí encuentro más puntos de referencia. Pero de lo que me doy cuenta ahora es de que la columna vertebral de mi vida era el hecho de representar a un país que estaba en mí, pero en otro país. Es decir, que mi patria es el exilio.»

En 1980, María Casares publicó su autobiografía, titulada *Residente privilégiée* (*Residente privilegiada*). La ac-

triz dedica su obra «A las personas desplazadas». «Porque yo —dice— desde que abandoné España, en 1936, he vivido en estado de urgencia.»

«La Residencia de Señoritas»

María de Maeztu, de la Institución Libre de Enseñanza, fue la gran impulsora de la cultura femenina en España, hasta mediado el primer tercio del siglo XX. Comenzó a ejercer su profesión de maestra en una escuela, en 1902. María reformó la enseñanza y muy pronto destacó por su elocuencia, sus claros conceptos y sus ideas revolucionarias sobre la enseñanza. Fundó y dirigió la famosa Residencia Internacional de Señoritas, que significó un gran avance en la vida de las estudiantes españolas, una obra valiosa de evolución liberal y moral.

Tras el fusilamiento de su hermano Ramiro, en octubre de 1936, terrible golpe para María, decidió abandonar España e instalarse en Buenos Aires. Regresó a España en 1947 y manifestó su deseo de asumir de nuevo la dirección de la Residencia de Señoritas: «Todavía no me resigno —dijo— a la idea de que tengo que perder aquella obra tan infinitamente querida.»

La gran pedagoga, sin embargo, no regresó, «era tan sólo una mujer madura —comenta Rodrigo— cuando se le adelantó la muerte, en la Argentina, en el año 1948».

La autora de *Las silenciadas*, destaca también entre sus personajes a la «Pionera del periodismo femenino»; nos lo cuenta así: «En el panorama de los protagonistas circunstanciales, abierto en el verano de 1936, y asumiendo responsabilidades extraordinarias, hay que encuadrar el nombre de la periodista-escritora María Luz Morales, que al aceptar la dirección de *La Vanguardia*, el diario más importante de la época, al comienzo de la guerra civil, fue una de las vivencias más enjundiosas de su existencia.»

Primera mujer ministro de Europa

En noviembre de 1936 era nombrada, por primera vez en el mundo, una mujer, la libertaria Federica Montseny, para ocupar una cartera ministerial. «Y precisamente en España —comenta A. Rodrigo—, un país donde la par-

ticipación de la mujer había sido prácticamente nula hasta cinco años antes.»

La leona, que es como llaman a Federica sus compañeros, en 1987, ha empezado a publicar sus memorias. «Recorrer esas páginas —dice su biógrafa—, es como deletrear el caudaloso e inapresable mensaje de la revolución española. De la primera revolución, genuinamente popular, que el mundo moderno ha conocido. En sus memorias —añade— están ella y sus compañeros, encarnando a miles de luchadores anónimos, sin los cuales no hubiesen estallado, en la vieja Europa, la primera gesta revolucionaria de signo libertario, a cuyo compás latió, entusiasmado, apasionado e ilusionadamente, hace apenas medio siglo, el corazón del mundo.»

Antonina Rodrigo recuerda a sus lectores que las primeras milicianas que vistieron el mono azul y empuñaron su fusil fueron libertarias, pronto secundadas por las socialistas y las comunistas. Entre los nombres de las milicianas que cita, destaca el de la maestra gallega Enriqueta Otero. De ella nos cuenta que, después de padecer diecinueve años de encarcelamiento, «salió con el mismo orgullo y el mismo republicanismo que tenía cuando era miliciana. Murió en octubre de 1989 —añade— a punto de cumplir 80 años, con sus sueños intactos.»

Las mujeres en la Academia

Casi dos siglos median entre la designación de la primera mujer académica, María Isidra de Guzmán y la Cerda, en la Real Española, en 1784, y la de Carmen Conde, en 1978, en la misma Academia. En la de la Historia, la primera académica de número, fue elegida en 1932, se trata de Mercedes Gaibrois. A. Rodrigo señala la Academia de Bellas Artes como la más feminista, ya que «en el seno de esta corporación siempre hubo mujeres académicas».

En 1983, otra mujer fue designada para ocupar un sillón vacante entre los «inmortales» de la Real Academia de la Lengua, la novelista Elena Quiroga. La autora de *Las silenciadas* se pregunta considerablemente indignada: «¿Y las señoras académicas ya instaladas en sus sillones, qué hacen por sus compañeras?» A continuación recuerda intelectuales de la talla de María Zambrano y Rosa Chacel.